

Guillermo Soto
Universidad de Chile
gsoto@uchile.cl

A 100 años del *Cours de linguistique générale*: La emergencia de la lingüística pragmática*

100 Years After *Cours de linguistique générale*: The Emergence of Pragmatic Linguistics

Resumen

El propósito de este artículo es presentar un panorama de las tendencias actuales en lingüística. Dada la complejidad que implica dicha labor, se parte del supuesto de que los programas de investigación funcionalista, centrados en el uso y las funciones del lenguaje, son los más innovadores en el campo y están en sintonía con el giro pragmático de las ciencias cognitivas, e incluso generan las condiciones para una nueva lingüística pragmática en que las acciones y la interacción se entienden como constitutivas de los sistemas cognitivos. Se parte por un análisis de los planteamientos de Saussure y el programa estructuralista con el objeto de que sus planteamientos sirvan de trasfondo y permitan la comparación con tres programas que conciben el lenguaje como algo dinámico conectado constitutivamente con la experiencia humana: gramaticalización, tipología lingüística y lingüística cognitiva. Se concluye que la investigación lingüística avanza en un sentido distinto al propugnado por el estructuralismo, puesto que las nuevas corrientes buscan caracterizar el modo en que surgen, se procesan, se transforman y varían los patrones y las regularidades lingüísticas en el uso.

Palabras claves: Funcionalismo lingüístico, giro pragmático, gramaticalización, tipología lingüística, lingüística cognitiva, lingüística pragmática.

Abstract

The purpose of this article is to present an overview of current trends in linguistics. Given the complexity involved in this work, it is assumed that functionalist research programs, focused on the use and functions of language, are the most innovative in the field and are in tune with the pragmatic turn in cognitive

* Este trabajo no habría sido posible sin el apoyo de los proyectos Fondecyt 1110525 y 1140733, en que progresivamente he ido explorando la posibilidad de lo que aquí denomino una lingüística pragmática. Agradezco los comentarios de Lucía Castillo y Ricardo Martínez.

sciences, and they even generate the conditions for a new pragmatic linguistics in which actions and interaction are understood as constitutive of cognitive systems. It starts with an analysis of Saussure's approaches and the structuralist program, with the aim that their approaches should serve as a background and allow comparison with three programs that conceive language as something dynamic connected constitutively with human experience: grammaticalization, linguistic typology, and cognitive linguistics. It is concluded that linguistic research advances in a different sense to that advocated by structuralism, since the new currents seek to characterize the way in which patterns and linguistic regularities emerge, are processed, are transformed, and vary in use.

Keywords: Linguistic functionalism, pragmatic turn, grammaticalization, linguistic typology, cognitive linguistics, pragmatic linguistics.

A cien años de la publicación del *Cours de linguistique générale* de Saussure, las tendencias actuales de investigación en lingüística son tantas y tan diversas que su exposición supondría un trabajo mayúsculo que tomaría probablemente años, a riesgo de tener que estar constantemente reescribiéndose por la rápida velocidad con que se suceden las escuelas de pensamiento en nuestro campo. Considerando esta situación, en vez de pretender una caracterización exhaustiva o siquiera ecuaníme del estado de la cuestión en la disciplina, en el presente trabajo sostengo, a partir de la revisión de unas pocas de esas tendencias actuales, una tesis respecto del rumbo que ha ido tomando la investigación lingüística. Para ser más preciso, me centraré en aquella orientación que, de modo más o menos general, podemos denominar funcionalista; esto es, aquella que indaga el lenguaje desde la perspectiva de su uso y las funciones que desempeña. Me parece que esta perspectiva, que resumida a su esencia propone que la lengua se origina y se sustenta en el uso y no tiene existencia con independencia de este, ha experimentado avances notables en las últimas décadas, tanto en el plano descriptivo como en el teórico, e informa en la actualidad probablemente los programas de investigación más innovadores en el campo.

Más aún, estimo que el desarrollo actual del funcionalismo lingüístico está en sintonía con el giro pragmático que ha ido tomando en los últimos años gran parte de la ciencia cognitiva, como reacción al enfoque computacionalista simbólico que dominó el campo en las últimas décadas del siglo pasado (Engel et. al. 2013). En este sentido, así como el estructuralismo lingüístico, que reconoce su piedra fundacional en el libro de Saussure, fue un componente principal de la teoría y el método estructural en las ciencias humanas de mediados del siglo XX, y tal y como el generativismo chomskiano desempeñó, posteriormente, un papel fundamental en el cognitivismo clásico, centrado en la representación y manipulación de símbolos (Varela 2005 [1988]), el funcionalismo lingüístico del siglo XXI, que, como sostendré, integra aspectos (neuro)cognitivos e interaccionales, constituye una de los elementos centrales del emergente paradigma pragmático en ciencias humanas “que se focaliza en la comprensión de la cognición como una actividad hábil, ‘enactiva’, que implica una interacción continua con el mundo externo” (Engel et al. 2013: 202). Pienso que bien podría, respecto de esta lingüística funcional, hablarse más bien de una lingüística pragmática, en un sentido más amplio y más fundamental que el que ha tenido normalmente la palabra *pragmática* en las ciencias del lenguaje. De ahí pues el título de este trabajo, que reconozco un poco provocativo.

Mi exposición sigue este orden: primero me detengo en el estructuralismo, particularmente en su relación con el *Cours* y, consecuentemente, con Saussure, con el objeto de que sus planteamientos sirvan de trasfondo y permitan la comparación con las propuestas de las corrientes que presento¹. Luego, expongo brevemente, a modo de ejemplo, contribuciones específicas de dos corrientes de investigación funcionalistas que, a mi juicio, comparten cierto espíritu que contrasta con el del estructuralismo: gramaticalización y tipología lingüística, ilustrándolas con el abordaje que hacen de fenómenos lingüísticos específicos. Ambas tienen una larga historia y de ningún modo surgen con posterioridad al estructuralismo; no obstante, en los últimos años han experimentado un gran desarrollo, a partir, precisamente, de un posicionamiento funcionalista que ve las estructuras gramaticales en su variación y fundadas en el significado. Más tarde, expongo muy brevemente ideas centrales de la lingüística cognitiva a partir de la revisión sumaria de tres de sus principales modelos, mostrando, además, que esta corriente viene recibiendo creciente apoyo de corte experimental. Aunque la lingüística cognitiva no surge históricamente de la matriz funcionalista, en su deriva ha venido convergiendo con esta. La tesis que defiende, como ya he adelantado, es que al menos estas corrientes o programas de investigación, y otras relacionadas, muestran hoy una lingüística en que el cambio, la variación, los continuos, el discurso y el hablante y su cuerpo tienen un papel principal. Inscritas en mayor o menor grado en la historia más larga de la lingüística funcional, dan cuenta de una nueva lingüística pragmática, asociada a un giro más amplio en las ciencias humanas contemporáneas en que la acción y la interacción se entienden como constitutivas de los sistemas cognitivos. Finalmente, dedico la quinta sección de este trabajo a distinguir lo que denomino lingüística pragmática de la pragmática lingüística, dominante aún en el campo. Mientras esta última asigna un papel complementario a la pragmática, la lingüística pragmática propone que en la acción y, particularmente, en la interacción de agentes situados, debe buscarse la causa que explica el lenguaje humano. No me detengo en una corriente de gran presencia en Hispanoamérica: el análisis del discurso, precisamente porque ya hay bastante conciencia de su relevancia en el medio. A mi juicio, un análisis somero de sus principios y su praxis investigativa mostraría que también contribuye al surgimiento de esta lingüística pragmática. Tampoco me detengo específicamente en los estudios de corpus, que han tenido un enorme impacto metodológico y que han favorecido la adopción de formas de análisis cuantitativo y descripciones gradualistas, rasgos presentes en muchos abordajes actuales.

1. SAUSSURE, EL *COURS DE LINGUISTIQUE GÉNÉRALE* Y EL PROGRAMA ESTRUCTURALISTA

La cuestión misma de la autoría del *Cours de linguistique générale*, esto es, de la relación que la obra establece con quien figura como su autor mediato, Ferdinand de Saussure, gracias a la labor escritural de sus discípulos —principalmente Bally y Sechehaye, pero también Meillet, Frei y Vendryes, y aun otros—, constituye en sí un dominio de investigación especializada, un campo filológico en que los expertos tratan de desentrañar la fidelidad, las distancias y aun las traiciones que el texto guarda con su autor². ¿Quiénes y cuántos son los Saussure del *Cours*? ¿Cómo se

¹ El contraste entre los compromisos estructuralistas y los de las tendencias actuales que he seleccionado y que apuntan, a mi juicio, a una lingüística pragmática, obedece al sentido de este libro: la conmemoración de los 100 años de la publicación del *Cours de linguistique générale*. Para un contraste del enfoque interaccionista y el generativismo, particularmente en lo relativo a la filogenia del lenguaje, puede consultarse Castillo y Soto (2014).

² Tarea de la así llamada filología saussureana, empresa disciplinaria que, como muestra el número especial de *Langages* publicado el 2012 sobre “L’apport des manuscrits de Ferdinand de Saussure”, tiene plena vigencia

relacionan sus ideas con las del Saussure que no publicó el libro o, más bien, con los otros textos, principalmente manuscritos, que escribió Saussure? Jakobson, nos recuerda Rastier citando a Fehr, llegó a considerar apócrifo el libro en su curso en el *Collège de France* (2012: 11). No deja de ser irónico que esta aventura genética textual por determinar el alcance de la autoría tenga como objeto la obra que inaugura el estructuralismo; precisamente la corriente de pensamiento en cuyo linaje pudo llegar a proclamarse la muerte del autor (cfr. Barthes 1967).

Con independencia de las indagaciones filológicas, que en todo caso han ido cobrando relieve precisamente a partir de las últimas décadas del siglo pasado, el *Cours*, o más bien la recepción del *Cours* y la labor de los epígonos de Saussure —las lecturas del *Cours*, como podría decir un barthesiano—, provocan, según la doctrina, la ruptura epistemológica que funda teóricamente una manera nueva de aproximarse no solo al lenguaje, sino, más ampliamente, a los fenómenos de la vida social y la cultura: el estructuralismo; aunque, como suele repetirse, esta palabra no figure en ninguna de las páginas del libro. Partamos, pues, por la obra que nos convoca, conscientes, en todo caso, de que esta lectura descansa no solo en esas otras de sus alumnos (los que asistieron y, sobre todo, los que no asistieron a los tres cursos de lingüística general dictados entre 1906 y 1911), sino también en las interpretaciones posteriores que han ido construyendo y deconstruyendo el ícono Saussure (Rastier 2012).

El estructuralismo lingüístico, lo sabemos, propone la primacía del punto de vista en la construcción de su objeto. Cito, siguiendo la traducción de Amado Alonso (1945 [1916]):

Otras ciencias operan con objetos dados de antemano y que se pueden considerar en seguida desde diferentes puntos de vista. No es así en la lingüística. Alguien pronuncia la palabra española *desnudo*: un observador superficial se sentirá tentado de ver en ella un objeto lingüístico concreto; pero un examen más atento hará ver en ella sucesivamente tres o cuatro cosas perfectamente diferentes, según la manera de considerarla: como sonido, como expresión de una idea, como correspondencia del latín (*dis*)*nūdum*, etc. Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto, y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras. (36)

El punto de vista que ha de asumirse, para el Saussure del *Cours*, es el que permite configurar la lengua, la *langue* saussuriana, que se constituye como el verdadero objeto de la ciencia en gestación:

A nuestro parecer, no hay más que una solución para todas estas dificultades: *hay que colocarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje*. En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu. (37)

La lengua, sin embargo, no sustituye en estricto sentido al lenguaje. Más bien se recorta del lenguaje, que sigue estando ahí, como lo real, el hecho que precede a la constitución de la ciencia, pero cuya propia naturaleza vuelve imposible su estudio directo por una disciplina científica:

(Véanse allí, entre otros, la introducción de Depecker o los interesantes trabajos de Rastier y de Sofia). También, en inglés, puede consultarse Engler (2006), quien presenta una interpretación distinta a la de Rastier.

Pero ¿qué es la lengua? Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. (37)

La lengua, entonces, sin sustituir al lenguaje permite aproximarse a él de modo científico. Se trata, como es común en ciencia, de realizar una sinécdoque que nos permita entender el todo por el estudio de la parte. En este caso, aquella parte que puede estudiarse autónomamente y desempeña un papel esencial en el lenguaje. En contraste, el lenguaje en su totalidad no resulta directamente abordable por la ciencia lingüística, justamente porque es tal su compenetración con lo humano que no se reduce a esta o aquella categoría humana:

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación. (37)

Ahí la genialidad atribuida al *Cours*: la construcción de un objeto de estudio que permite constituir una disciplina científica en el corazón de lo humano³. Pronto, la fonología de Trubetzkoy y Jakobson mostrará el potencial del método estructural⁴. Hjelmslev (1971 [1943]) explorará sus consecuencias teóricas últimas en un álgebra del lenguaje. La Escuela de Praga, con su funcionalismo estructuralista, terminará siendo fuente directa o indirecta, total o parcial, de gran parte de las teorías gramaticales del siglo pasado, muchas de ellas aún vigentes, como la gramática sistémico-funcional, la gramática del papel y la referencia, la gramática funcional del discurso e incluso la propia gramática generativa (Vachek 1966, 1983, De Beaugrande 1997). No importa aquí precisar la genealogía exacta de cada una de las ideas lingüísticas que posibilitó el estructuralismo, el punto que me interesa destacar es que la ola estructuralista reconfiguró profundamente el modo en que se entendía el estudio del lenguaje. Conocemos también la influencia de este modo de razonar en la configuración de las ciencias humanas: la antropología de Lévi-Strauss, la narratología de Genette, la semiología de Barthes y la semiótica estructural de Greimas, entre otras, son ejemplo de ello. Para no mencionar la deriva más compleja de estas ideas en Lacan o Foucault y en el llamado postestructuralismo que, como subversión radical, irradió desde Francia al resto del mundo y sigue, en mayor o menor grado, vigente en distintos

³ La cuestión, en el pensamiento mismo de Saussure, es, con todo, mucho más compleja y su exploración excede mis posibilidades. Baste citar acá a Rastier, para quien la preeminencia que el *Cours* confiere a la *langue* sobre la *parole* no refleja fielmente la concepción del ginebrino: “la *parole* se presenta en el *Cours* como objeto de un estudio secundario, mientras que para F. de Saussure, la *parole* permanece en igualdad con la lengua, y puede en ocasiones llegar a ser el elemento determinante en la dualidad que forma con la lengua” (10). Esta traducción y las otras, salvo expresa indicación en contrario, son mías.

⁴ Como recuerdan tanto Alonso (1945) como Manoliu (1978 [1973]), Jakobson, Karcevsky y Trubetzkoy incorporan en 1928, en el primer Congreso Internacional de Lingüistas desarrollado en La Haya, la proposición 22, que diseña el programa de acción para el desarrollo de la fonología estructural. Tras la muerte de Trubetzkoy se publicará su influyente *Principios de fonología* (1976 [1939]).

campos de la academia. De allí, pues, la expresión que todavía en la década de 1980 muchos estudiantes, embebidos de un estructuralismo más que senescente, repetíamos con orgullo disciplinario: la lingüística es ciencia pivote de las ciencias humanas, esto es, punto de apoyo de disciplinas que, sin su concurso, se verían derribadas.

El problema de la relación entre lengua y lenguaje que planteaba el *Cours* lejos de quedar fijado, tensionó la propia investigación estructuralista. Émile Benveniste (1966), uno de los principales exponentes del movimiento, puede ejemplificarlo. Desde el estudio de la deixis, particularmente la verbal, que en francés —como en español— se manifiesta gramaticalmente tanto en el subsistema temporal como en el de persona, fue construyendo una teoría de la enunciación que, preocupada de la apropiación que el sujeto hace del sistema, ha sido el basamento del análisis del discurso francés. La teoría de la enunciación ha permitido comprender mejor fenómenos como la modalización, y más ampliamente, el papel de la subjetividad en el lenguaje, esto es, el modo en que el sujeto se posesiona de la lengua, dejando sus huellas en el enunciado. El ejercicio de Benveniste tensiona la noción estructuralista de lengua no porque proponga simplemente un estudio del habla, de la *parole* —lo que en el fondo presupondría la delimitación del *Cours*—, sino porque intenta ensanchar el campo de lo lingüísticamente estudiado, replanteando la relación misma entre lengua y lenguaje.

El afán por extender el objeto lingüístico en el propio proyecto estructuralista encuentra probablemente su figura paradigmática en Roman Jakobson. Su influyente propuesta de una función poética permitió el estudio estructural de textos verbales en que se reconoce finalidad estética, particularmente en la poesía lírica (1975 [1959]). Sirviéndose de la dicotomía entre relaciones sintagmáticas, o *in praesentia*, y paradigmáticas, o *in absentia*, Jakobson propone que la función poética se reconoce en aquellos textos que vuelcan relaciones paradigmáticas en el sintagma; en otras palabras, que configuran paralelismos en diversos planos lingüísticos, a saber, fónicos, morfológicos, léxicos, sintácticos o semánticos. El texto poético mismo se configura entonces como un sistema de relaciones *où tout se tient*. La experiencia estética, sin embargo, no emana en Jakobson del mero reconocimiento de este sistema que se despliega en el tiempo. Interpretando en el marco estructuralista las ideas formalistas de su juventud, para el lingüista ruso esta surge del desajuste entre la expectativa que el sistema ha ido creando en el sujeto y la experiencia actual de lectura. La denominada expectativa frustrada desautomatiza la lectura de la obra y permite la aparición de su singularidad; una idea que más tarde explorará, entre nosotros y al parecer autónomamente, Luis Advis en su ensayo *Displacer y trascendencia en el arte* (1979).

Jakobson también se sirve de la dicotomía entre relaciones paradigmáticas y sintagmáticas para proponer una categorización de las afasias, incursionando en el campo de, para emplear su expresión, la disolución del lenguaje (1990 [1956]). El autor ruso propone dos grandes clases de afasia, o, más bien, dos polos que permitirían alinear en un continuum las muchas variedades de afasia existentes: el desorden de la semejanza, que afectaría la capacidad selectiva, y el desorden de la contigüidad, que afectaría la relación entre las unidades y su contexto lingüístico. La aplicabilidad de las nociones saussureanas al estudio de las afasias derivaría del papel fundamental que las operaciones de combinación y selección desempeñan en el lenguaje. Su poder se observaría también en otros campos, como la investigación del lenguaje infantil o el estudio del cine y de las corrientes literarias.

Para Jakobson (1990 [1956]), pues, no se trataba solo de ampliar el campo de la *langue* del *Cours*, sino de proyectar el método estructural al estudio de campos contiguos al de la lingüística: los trastornos del lenguaje, el habla infantil, los estudios poéticos, literarios y aun cinematográficos, lo que abría todo el campo de una semiótica que, con autores como Eco (1988 [1973], 2000 [1976]), se aventuraría a ser el proyecto de una ciencia general de la cultura. ¿Qué

permitió este avance dentro y más allá de las fronteras del lenguaje? Jakobson, en su artículo sobre las afasias, proponía que el estudio lingüístico de la regresión verbal era posible gracias a las “herramientas y métodos eficientes” (116) con que la lingüística estructural había dotado al investigador. La cuestión, entonces, era de métodos y herramientas. La innovación estructuralista implicaba una innovación en los instrumentos analíticos y en los procedimientos para abordar el estudio del lenguaje y, más ampliamente, el de todo sistema de signos y aun, ya en un extremo, el de todo cuanto podía ser concebido como sistema de signos.

Mucha agua ha pasado bajo el puente y con ella, la ola estructuralista, que alguna vez amenazó con colonizar todas las ciencias humanas, ha terminado por integrarse en su océano, no sin dejarnos a la vista admirables monumentos de la cultura científica, el mayor de los cuales, me parece, sigue siendo la fonología estructural, esa rama, o más bien raíz de los estudios del lenguaje que sirve de maestra del rigor, la sistematicidad y la fineza analítica que suelen distinguir a los lingüistas de entre el conjunto de los *scholars* que estudian los hechos humanos. Otros conceptos estructuralistas perviven en las investigaciones contemporáneas, aunque frecuentemente mutados (cfr. Matthews 2009 [2001]). Los lingüistas seguimos hablando de marcadez, como hacía Jakobson; continuamos intentando encontrar universales lingüísticos; la idea de doble articulación de Martinet (1965 [1960]), o dualidad de patrones, se enseña aún en las universidades; seguimos viendo en los morfemas signos mínimos; continuamos analizando los fonemas en rasgos distintivos, ojalá binarios, y no hemos dejado de estudiar la estructura informativa de las cláusulas, un problema que, aunque muy anterior al estructuralismo, encontró en Praga su abordaje más influyente. La distinción entre sincronía y diacronía hoy es debatida, ya lo veremos, pero no se la ha abandonado y, todavía más, sigue siendo central para enfoques que intentan una aproximación sistémica y formal, sea cual fuere, a algún nivel del análisis lingüístico. Sincrónicos son, en consecuencia, los abordajes tanto de los distintos generativismos como de las gramáticas estructural-funcionales de Halliday, Van Valin y Hengeveld y Mackenzie, entre otros. Diversos autores han resaltado la semejanza —no identidad— entre la distinción *langue/parole* del *Cours* y la dicotomía *competence/performance* chomskiana, y la semiótica sigue empleando, de modo no excluyente, la noción saussureana de signo y la distinción entre forma y sustancia. También el estructuralismo extendió ideas que le antecedían, como que la lingüística es una disciplina descriptiva, que las lenguas son sistemas sociales de comunicación y que estas deben ser descritas en sus propios términos. Como se lee en la frase final del *Cours* “la linguistique a pour unique et véritable objet la langue envisagée en elle-même et pour elle-même”, una expresión que no sería de Saussure, sino de Franz Bopp, como nos precisa Rastier (2012: 10). Extraño destino de una obra que, escrita por unos discípulos a partir de apuntes de otros discípulos, termina suplantando a su presunto autor, como una metonimia fantasmal. En conclusión, amainada ya la arremetida estructuralista, gran parte de sus conceptos han pasado a ser parte del *mainstream* disciplinario y, como observa Matthews (2009 [2001]), siguen teniendo un lugar privilegiado “en los libros de texto de carácter introductorio que recomiendan la mayoría de los docentes” (183).

2. GRAMATICALIZACIÓN, DISCURSO E HISTORIA

Con todo, muchos de los supuestos sobre los que operaban los lectores del *Cours* han sido desafiados abiertamente, en consonancia con un cambio de época en que el foco ya no está en lo invariable, sino en la variabilidad; no ya en lo estático, sino en el dinamismo y en el papel de la acción en la configuración de las estructuras; no solo en las categorías, sino en el flujo entre

categorías; y en que el intento por estudiar los fenómenos de modo inter o multidisciplinario, en especial en las ciencias humanas, ha eclipsado a la voluntad autonomista. Una época en que la diversidad, la causación multifactorial, los continuos, el análisis estadístico y los espacios multidimensionales de variación han ido ganando terreno en el estudio científico de los hechos humanos. También la lingüística, en este sentido, forma parte del espíritu de su tiempo. Baste un ejemplo de ello, por lo demás nacido antes del estructuralismo: la teoría de la gramaticalización, que parece encontrarse hoy en su clímax.

Probablemente una de las corrientes más vigorosas de la lingüística actual, la gramaticalización trata no ya de las gramáticas establecidas, sino de los cambios diacrónicos que van dando nacimiento, en un trayecto aparentemente unidireccional, a dichas gramáticas, o, más humildemente, “la transformación de ítemes léxicos y frases en formas gramaticales” (Hopper 1996: 217)⁵ y la adopción de nuevas funciones por unidades gramaticales ya existentes. Este estudio no consiste simplemente en seguir la trayectoria de palabras a morfemas gramaticales, sino que intenta descubrir regularidades en los procesos e identificar los factores que inciden en ellos. De modo más radical, busca erigirse en una teoría lingüística y no simplemente en una aproximación descriptiva a los hechos del lenguaje. Entre los cambios que parecen esenciales a la gramaticalización destaca el blanqueamiento del significado, esto es, la pérdida de significado léxico que va sufriendo la palabra en la medida en que adquiere una función gramatical especializada, proceso que no implica la ausencia de cierta persistencia léxica o conceptual, es decir, cierto residuo del significado original, que es especialmente notorio en los estadios tempranos de la gramaticalización y que permite explicarse *a posteriori* la motivación semántica del trayecto recorrido, no predecirlo. Este blanqueamiento va acompañado de procesos de decategorización, recategorización y paradigmaticización de la unidad, que va pasando de ser un ítem léxico a uno gramatical, y de procesos de erosión fonética y de coalescencia, que reducen la sustancia fónica y vuelven las palabras en morfemas libres y estos últimos, al menos ideal, que no necesariamente, en morfemas ligados. En la gramaticalización confluyen, pues, cambios semánticos, morfosintácticos y fonológicos. Como motor de estos cambios opera el reanálisis de estructuras en contextos discursivos específicos, donde la ambigüedad favorece procesos inferenciales que van extendiendo los significados de las construcciones, por procesos quizá de abstracción, tal vez analógicos, o bien metafóricos y metonímicos. Los estudios de gramaticalización no solo cambian los roles relativos de la sincronía y la diacronía en la descripción lingüística, sino que observan la gramática en su proceso de constitución, conceptualizando la gramática sincrónica como una emergencia de procesos genéticos que tienen lugar en el discurso. Junto con implicar la difuminación diacrónica de las fronteras entre categorías léxicas y gramaticales, o unidades de clase abierta y cerrada, la gramaticalización conlleva también el reconocimiento de posiciones intermedias en la sincronía, abriendo paso a descripciones graduales en que las categorías poseen fronteras difusas y donde gramática y uso forman un continuo. Supone, consecuentemente, una crítica al modularismo *stricto sensu* presente en modelos gramaticales formales y en la psicología cognitiva clásica (cfr. Fodor 1983).

⁵ Hopper recuerda que Meillet parece haber sido el primero en usar el término en 1912. Más tarde, el auge de los estudios sincrónicos dejaría a la gramaticalización en un relativo segundo plano hasta las últimas décadas del siglo pasado, sin eclipsarla por completo, particularmente en la lingüística románica, campo en el que el estudio de los procesos de gramaticalización siempre ha sido relevante (Hopper 1996: 218-219). No deja de ser sintomático de la dificultad de trazar límites nítidos en las corrientes intelectuales el que Manoliu (1978 [1973]) destaque al mismo Meillet como representante del estructuralismo en la Escuela de Ginebra, si bien precisa que la influencia saussureana radicaría en el carácter social del lenguaje. También parece revelador de lo mismo el que un estructuralista y romanista como Coseriu haya desarrollado su pensamiento enfatizando precisamente el carácter histórico del lenguaje.

En oposición a una lingüística centrada en un sistema abstracto sincrónico e impersonal de categorías discretas, la gramaticalización pone en el centro al discurso, la historia y el sujeto, y reconoce la existencia de categorías graduales en una gramática que está continuamente haciéndose.

Consideremos, para ilustrar esta corriente, el subsistema de los tiempos compuestos del español, es decir, formas como *Ana ha cantado* o *Ricardo había comido*⁶. Se trata de construcciones analíticas cuyo grado de gramaticalización es tal que, a diferencia de las perífrasis verbales, se las considera ya integradas en el paradigma de los tiempos verbales. Para emplear los conceptos de Olbertz (1993), mientras en los tiempos compuestos nos encontramos con un verbo propiamente auxiliar, *haber*, en las perífrasis verbales, como *Eva dejó de leer* o *Felipe sigue leyendo*, operan verbos simplemente auxiliarizados que conservan su significado predicativo en otros contextos. Mi exposición será un tanto detallada porque pretendo ilustrar, a partir de este ejemplo, la ruptura que significa esta corriente respecto de compromisos básicos del estructuralismo, entendido como tipo ideal. Quien no desee entrar en los detalles del proceso específico de constitución del sistema de los tiempos compuestos puede saltarse los cuatro párrafos siguientes.

Los actuales tiempos compuestos derivan de construcciones latinas con significado posesivo, ya existentes en el latín arcaico y que se fueron generalizando en el latín clásico (Alarcos Llorach 1970 [1947], Harris 1982, Hernández Alonso 1996 [1984], Olbertz 1993, Romani 2006, Carrasco Gutiérrez 2008, entre otros). Estas construcciones respondían al modelo *epistolam scriptam habeo* —*tengo escrita una carta*—, en que el verbo *habere* operaba como un predicado de dos argumentos que vinculaba al poseedor con el objeto poseído. Por su parte, el participio pasado pasivo —en el ejemplo, *scriptam*— servía de complemento predicativo del objeto, concordando con él. Este complemento predicativo, derivado también de un verbo biargumental, comunicaba el resultado de un evento que había afectado al objeto en un tiempo anterior al del verbo *habere* y que podía tener un argumento agente distinto del de la cláusula, por lo que, en el ejemplo expuesto, la carta podía o no haber sido escrita por su poseedor (Olbertz 1993, Romani 2006)⁷.

En el mismo latín la construcción posesiva resultativa comenzó a gramaticalizarse, de forma que la función predicativa del participio se fue haciendo más relevante en la cláusula a medida que disminuía la importancia predicativa de *habere*, lo que habría resultado en una perífrasis de perfecto no del todo gramaticalizada. No es claro si la gramaticalización comenzó tempranamente en latín o se llevó a cabo durante la romanización (Romani 2006), pero ya en latín clásico se daban construcciones en que no existía objeto poseído, de modo que *habere* no expresaba siempre una relación de posesión estricta sino una posesión más bien metafórica (Olbertz 1993). Como precisa Harris (1982), “ya en el latín ciceroniano la estructura se encuentra con verbos como *aprender*, *descubrir*, *persuadir*, *forzar*, etc.” (pág. 47), esto es, verbos de adquisición de conocimiento y actividad mental (Alarcos Llorach 1970 [1947], Detges 2000). En estos casos, el sujeto de *habere* y el del participio pasado coincidían en un mismo referente. El participio, por su parte, aunque conservaba la forma pasiva, tenía un primer argumento expresado a través de la morfología activa de *habere*. Otros rasgos de los predicados de estado mental y adquisición de conocimiento pudieron favorecer el proceso de gramaticalización que condujo al

⁶ La exposición de la gramaticalización de los tiempos compuestos reproduce partes de mi tesis doctoral sobre los tiempos compuestos en el español de América (Soto 2012).

⁷ Junto a la perífrasis con *habere*, también incidió en la formación de los compuestos la construcción perfectiva con significado pasivo, constituida por *esse* y un participio perfecto: *porta clausa est* —*la puerta está cerrada*— (Romani, 2006).

perfecto (Carey 1996). Estos predicados designan típicamente una situación interna al hablante, no anclada en el tiempo ni el espacio. Ello conllevaría un menor relieve del estado resultante respecto de la situación previa, a lo que se sumaría cierta disminución en la objetividad de la situación codificada por la construcción, lo que es concordante con la idea de que en la génesis del perfecto habría un proceso de subjetivización. No obstante los cambios señalados, en este período *habere* solo operaba con verbos diádicos que permitían la expresión de posesión intelectual de cierto conocimiento, por lo que no era compatible con otros verbos, como *dare*, de lo que se desprende que mantenía restricciones de selección. Cubierto aún el significado de perfecto resultativo por el perfecto sintético latino, la construcción se restringía a verbos biargumentales en que el sujeto se beneficiaba o experimentaba los resultados del predicado verbal en un tiempo de referencia posterior al tiempo en que había sucedido la situación designada por el participio. El proceso de gramaticalización avanzó aún más durante el Medioevo, período en que coexisten dos verbos auxiliarizados: *haber*, típicamente en construcciones transitivas, y *ser*, con verbos reflexivos e inacusativos, aunque no de modo excluyente (Romani 2006). En esta época el orden entre auxiliar y auxiliarizado aún no se fija y es posible intercalar material lingüístico entre ambos (Rodríguez Molina 2003). Sin embargo, ya hacia el siglo XII se advierte “una gramaticalización avanzada” (Romani, 2006, pág. 339), y durante el siglo XV (Arias Álvarez 2005, Azofra 2006, Romani 2006) o, en todo caso, hacia el siglo XVI o XVII la construcción puede reconocerse como tiempo compuesto.

Diversas fuerzas parecen haber participado de este proceso de gramaticalización. Por una parte, se ha destacado el papel que pudieron cumplir otras estructuras del tipo ‘verbo auxiliarizado + verbo en forma no finita’, la pérdida de marcas de caso, el cambio del orden de palabras de SOV a SVO⁸ (Squartini y Bertinetto 2000, Carrasco Gutiérrez, 2008) y la sustitución de *haber* por *tener* como verbo independiente con significado posesivo (Alarcos Llorach, 1970 [1947]). También el incremento progresivo de predicados intransitivos y la elevada frecuencia de los participios en *-o* debió favorecer la pérdida de concordancia (Romani, 2006), que, por otro lado, parece correlacionarse con la selección de un único auxiliar *haber* (Squartini y Bertinetto, 2000; Romani, 2006). La gramaticalización supuso, finalmente, un reanálisis en virtud del cual una estructura constituida por dos predicados debió empezar a interpretarse gradualmente como un predicado único, pasando de la construcción resultativa que implicaba una situación previa, a una construcción perfecta que, entre otras cosas, designa una situación previa (Romani 2006). Este proceso parece haber sido posible por la etapa intermedia de las ya mencionadas construcciones con verbos de adquisición de conocimiento y actividad mental en que el sujeto de *haber* y el primer argumento del verbo cognitivo debían ser el mismo. En este sentido, el proceso se habría iniciado en ciertas construcciones específicas, léxicamente determinadas, para, desde allí, extenderse gradualmente a nuevos casos, en concordancia con lo que sostiene la teoría (cfr. Bybee 2007).

Particularmente el pretérito perfecto compuesto, *he cantado*, ha seguido experimentando cambios en los últimos siglos, lo que ha dado lugar a una gran diversidad diatópica en español. En efecto, mientras en regiones de España —aunque no en todas— ha avanzado en la deriva aorista que proponía Harris (1982) para los perfectos románicos, esto es, en su avance a territorios de significado anteriormente cubiertos por el pretérito simple, en América su empleo y sus funciones se han diversificado, desde el extremo bonaerense, donde el pretérito simple asume valores típicamente perfectos, con construcciones como *Nunca fui a China*, por nuestro *Nunca he ido a China*, hasta el extremo altiplánico, donde no es infrecuente el empleo de perfecto para

⁸ S = sujeto, O = objeto, V = Verbo. Una lengua SVO tiene un orden canónico como el de la oración [*Luis*]_s [*compró*]_v [*una casa*]_o.

designar situaciones en primer plano narrativo, lo que sugiere su empleo con un significado no ya perfecto, sino puramente perfectivo que, en todo caso, coexiste con el perfecto. En otro trabajo ya me he referido a esta variación americana de *he cantado* (Soto 2014), baste decir ahora que el proceso de cambio no se detiene y que probablemente el mejor conocimiento de las variantes americanas no hará sino aumentar la variación diatópica del fenómeno.

La historia de los perfectos compuestos podría dar la idea de que la gramaticalización es solo la historia del cambio diacrónico que conduce a gramáticas sincrónicas bien formadas. Ciertamente, este proceso avanzaría de modo gradual, en contextos discursivos y explotando las capacidades inferenciales de sujetos situados; sin embargo, una vez que la unidad pasa a formar parte de la gramática, el sistema podría olvidar su confuso pasado y operar con independencia del uso: *lo pasado, pisado, reza el dicho*. Sin embargo, el análisis más amplio de las formas verbales analíticas sugiere que los tiempos compuestos no son sino un extremo de una amplia variedad de construcciones perifrásticas en que dos verbos se combinan, y en las que el primero pasa a desempeñar un papel más o menos auxiliar, dependiendo de propiedades de este mismo verbo, de aquel con que se relaciona y del contexto discursivo.

¿Supone la gramaticalización un proceso unidireccional e irreversible que siempre conduce a la emergencia de unidades plenamente gramaticales? Estas cuestiones son, unas más que otras, debatidas, pero ya la historia de los tiempos compuestos nos muestra que no es necesario que la unidad originalmente léxica se haya convertido en un morfema flexivo para que la gramaticalización se haya consumado. La compleja fauna de las así llamadas perífrasis verbales muestra que aún en el recuadro sincrónico es posible advertir un continuo entre uso y gramática. Más radicalmente, es posible hipotetizar que ciertos cambios, para rendir funcionalmente, requieren quedarse a medio camino, es decir, ser solo gramaticales hasta cierto punto, una noción difícil de compatibilizar con la categorización lingüística tradicional, que privilegia las unidades discretas por sobre los continuos. Un ejemplo de esto podría encontrarse en ciertas construcciones binominales cuantificadoras del tipo *Una avalancha o un alud de personas*, que ha estudiado Vervecken (2012) y, entre nosotros, recientemente, Suárez (2016). En construcciones de este tipo, el primer nominal adquiere un significado cuantificador, si bien persisten, en mayor o menor grado, facetas de significado asociadas al significado léxico o conceptual original y aun significados modales subjetivos que parecen derivar de dicho significado, como la connotación negativa que en la mayor parte de estos usos adquiere *avalancha*. Ciertamente, en algunos casos estas construcciones pueden avanzar en el trayecto de gramaticalización hasta que el primer nominal sea un mero cuantificador, tal y como podemos observar en ejemplos como *Tengo un montón de amigos*. No obstante, el mismo nominal *montón* puede operar no ya como cuantificador sino como núcleo léxico en construcciones como *Dejó sobre la mesa un montón de libros en francés y otro montón, más bajo, en ruso*. Más interés para nuestro argumento específico presenta la facilidad con que diversos nominales pueden emplearse para cuantificar y además comunicar otros valores asociados, lo que sugiere que es precisamente esta condición intermedia la dominante. En su estudio, Suárez (2016) muestra, por ejemplo, que el sustantivo *charquicán*, que designa un tipo de guiso muy consumido en Chile, funciona también en este campo, de modo semejante a *amasijo*, para no solo cuantificar de modo indefinido sino, junto con ello, aportar cierta noción de desorden en los elementos designados por el segundo nominal. Para muestra un botón:

¿[Q]ué es este texto realmente? un charquicán de recomendaciones ortográficas, de vocabulario y de pronunciación (basadas la mayor parte de ellas en la supuesta autoridad del Diccionario de la Lengua Española de la RAE), que no sólo están lejos de ayudar en

la construcción de esa “utopía banderiana”, sino que ni con suerte pueden ofrecerle algo a quien quiera expresarse mejor. (Suárez 2016: 54)

Los estudios de gramaticalización permiten ilustrar el giro discursivo y gradualista de gran parte de los estudios lingüísticos de hoy. También la relevancia que tienen investigaciones empíricas que apoyan el análisis cualitativo con datos cuantitativos obtenidos a partir del análisis de corpus; en este caso, preferentemente corpus históricos, cada vez más accesibles a los investigadores gracias a los extraordinarios avances que viene experimentando la documentación lingüística. Solo en lo relativo al castellano, los hispanistas cuentan ya con varios corpora accesibles en Internet y la tendencia apunta a que estos sigan aumentando y enriqueciéndose en número de datos.

3. TIPOLOGÍA LINGÜÍSTICA Y VARIACIÓN

El interés por la diversidad y la variabilidad que caracteriza a nuestra época se manifiesta también en el extraordinario avance, en los últimos años, de los estudios tipológicos, esto es, en palabras de Comrie et al. (2013), del “estudio sistemático de las formas en que las lenguas del mundo varían estructuralmente y de los límites de esa variación” (párr. 2). La tipología lingüística permite clasificar las lenguas a partir de sus propiedades estructurales y, consecuentemente, determinar sus semejanzas y, con ello, eventuales universales lingüísticos. Eminentemente empírica en su actuar, tiende a utilizar categorías gramaticales amplias y nociones semánticas y funcionales que permiten comparar lenguas más allá de su gran variación formal. Los avances tecnológicos en el registro y la documentación lingüística, así como el incremento de jóvenes investigadores y las mayores facilidades para el desplazamiento en un mundo globalizado han favorecido la investigación de campo. Sin embargo, el creciente número de estudios de lenguas particulares obedece también a la preocupación por la desaparición de lenguas en el mundo, el desarrollo de políticas tendientes a la revitalización lingüística y una mayor conciencia de la relevancia científica que tiene la diversidad cultural de nuestra especie.

La publicación en Internet, el 2008, del *World Atlas of Language Structures*, WALSL (Dryer y Haspelmath 2013) ha permitido que la comunidad científica tenga a su alcance datos estructurales de 2.676 lenguas, si bien es necesario precisar que las distintas categorías están disponibles en diversos subconjuntos del total de lenguas. El atlas consiste de 160 mapas y 144 capítulos que tratan la distribución geográfica de rasgos lingüísticos específicos (Comrie et al. 2013). Organizado en 11 secciones, el atlas comprende, principalmente, propiedades estructurales de distintos dominios lingüísticos, tales como la fonología, la morfología, las clases de palabras y la sintaxis, si bien hay también un área dedicada al léxico, otra a las lenguas de señas y una tercera a otras propiedades. Cada sección incluye distintos rasgos con diversos valores. Así, por ejemplo, para el inventario consonántico, uno de los rasgos del área fonológica, se identifican cinco valores que van desde ‘pequeño’ hasta ‘grande’; en los sistemas de asignación de género, por su parte, un rasgo de la sección de categorías nominales, se distinguen tres valores: lenguas sin asignación de género, lenguas con asignación semántica y lenguas con asignación semántica y formal. Si bien existe gran variación en las lenguas consideradas en cada mapa —de hecho, según afirman Comrie et al. (2013), los propios autores elegían qué lenguas incluir en sus mapas—, el proyecto consideró muestras de 100 lenguas y 200 lenguas que se buscó estuviesen representadas en la mayor cantidad posible de mapas con el objeto de maximizar la diversidad genealógica y areal.

La diversidad de las muestras permite apreciar la multiplicidad de valores que pueden asumir los rasgos y el lugar muchas veces periférico que presentan las lenguas indoeuropeas respecto del universo considerado. Un ejemplo de ello se observa en la distribución de la categoría verbal de perfecto, que incluye 222 lenguas organizadas en cuatro clases: aquellas que realizan el perfecto a partir de construcciones posesivas, como ocurre con el español; las que lo derivan de palabras que significan originalmente *terminar* o *ya*; las que usan otros recursos, y las que carecen de perfecto gramatical. Según el análisis de Dahl y Velupillai (2013), mientras en Europa occidental y el sur y sureste de Asia se encuentran extensas áreas homogéneas de perfecto, esta categoría está prácticamente ausente en Australia y la mayor parte de Sudamérica, con excepción del noroeste del subcontinente. Del total de la muestra de WALS, solo 7 lenguas, todas indoeuropeas, derivan el perfecto de construcciones posesivas. En contraste con este exiguo 3,2%, 21 lenguas, esto es, el 9,5%, derivan el perfecto de palabras como *terminar* o *ya*, mientras que 80, correspondientes a un 36%, emplean otros procedimientos, entre ellos construcciones en que se usa el verbo *ser*, posibilidad también presente diacrónica o sincrónicamente en lenguas con perfecto derivado de posesivos. Mientras 108 lenguas, es decir el 48,6% del total, tienen un perfecto gramatical, más de la mitad de las lenguas consideradas carecen de esta propiedad.

El estudio de lenguas con estructuras distintas a las de las indoeuropeas ha tenido gran impacto en la lingüística actual, particularmente en el problema de las teorías gramaticales. Por una parte, ha llevado al desarrollo de gramáticas que intencionalmente buscan apartarse del modelo indoeuropeo con el fin de alcanzar una mayor adecuación tipológica (cfr. Dik 1997). Van Valin, por ejemplo, plantea que su gramática del papel y la referencia se ha escrito pensando en lenguas estructuralmente distintas al inglés, como el dakhota, el tagalog o el dyrbal (Van Valin 2006). Al igual que otras gramáticas estructural-funcionales como la gramática funcional de Dik (1997) o la gramática discursivo-funcional (Hengeveld y Mackenzie (2008), la gramática del papel y la referencia plantea un modelo monoestratal de la cláusula en que la representación semántica tiene preeminencia sobre la sintáctica, que se asume como más específica de lengua y, por tanto, translingüísticamente variable. La lingüística cognitiva, por su parte, propone de modo más radical aún caracterizaciones fundadas en conceptualizaciones y procesos cognitivos básicos, como expondré en la próxima sección. La gramática, desde esta perspectiva, no estaría constituida por módulos, como en los modelos estructural-funcionales, sino que consistiría en una red de construcciones significativas convencionales, vinculadas por relaciones de extensión, generalización o especificación, que emergería del uso. Estas construcciones lingüísticas descansarían sobre tramas de significado no explícitas y conllevarían perspectivas convencionalizadas sobre el mundo. Con todo, investigadores preocupados fundamentalmente de la descripción de lenguas no indoeuropeas, a partir del reconocimiento de que las teorías gramaticales específicas sesgan las descripciones, han optado frecuentemente por trabajar con una gramática básica con la que se intenta describir las lenguas en sus propios términos. Dixon (1997 en Haspelmath 2015) ha acuñado la expresión teoría lingüística básica para referirse al marco conceptual y descriptivo que habría ido surgiendo a partir de la descripción de lenguas y de la lingüística tipológica y al que, a su juicio, se ajustarían los investigadores de campo. Más radicalmente, Haspelmath (2015) ha abogado por una descripción gramatical libre de marcos teóricos, ya que estos poseen necesariamente supuestos apriorísticos que sesgan la descripción. Para este autor “el conjunto de conceptos requeridos para la descripción (o el análisis) de una lengua debe construirse separadamente para cada lengua porque todas las lenguas tienen estructuras diferentes” (309). Croft (2013) interpreta la posición de Haspelmath en el sentido de que sería innecesario contar con un “lenguaje formal para la descripción de las estructuras gramaticales” (212), en otras palabras, que las gramáticas no deberían estar restringidas por

compromisos representacionales. Precisamente esa libertad descriptiva es la que, según Croft, posee su gramática radical de construcciones, según la cual las categorías gramaticales no solo son específicas de lengua, como sostiene Haspelmath, sino específicas también de las construcciones en que aparecen. El modelo de Croft rechaza lo que denomina el “modelo de bloques” (214), fundado en la idea de que existen unidades mínimas (los morfemas o palabras) de cuya combinatoria emergerían las construcciones. En vez de ello, entiende estas últimas como *gestalts*, cuyos elementos se definen por el papel que desempeñan en la totalidad. Las construcciones mismas tampoco serían universales, de modo que no habría un tipo universal, por ejemplo, de pasiva. La universalidad habría que buscarla más bien en las funciones que estas desempeñan. En consecuencia, la tarea del tipologista sería “comparar cómo las lenguas codifican la función en una forma morfosintáctica” (230).

Como se desprende de lo hasta aquí expuesto, tanto los estudios de gramaticalización como las indagaciones tipológicas, con particular énfasis en algunas de sus versiones contemporáneas, presentan rasgos que los distancian de compromisos fundamentales del estructuralismo prototípico. Una atención semejante a la variabilidad y la gradualidad de las unidades lingüísticas se observa, en mayor o menor medida, en otras corrientes actuales como la sociolingüística y la lingüística de contacto. Con todo, nociones estructuralistas como la naturaleza social del lenguaje, la primacía de la función comunicativa y el carácter biplano del signo lingüístico son enfatizados por todas estas aproximaciones, si bien las nociones de signo y significado tienden a ser más complejas y a abarcar desde morfemas hasta construcciones en que participan varias palabras; un rasgo que se radicaliza, como veremos, en la lingüística cognitiva.

En este contexto, no es extraño que la cuestión misma de los universales lingüísticos esté en plena disputa. Evans y Levinson (2009) han defendido la tesis de que los universales lingüísticos constituyen un mito y que es precisamente la diversidad la propiedad sobresaliente de las lenguas humanas, rasgo que sería, por otra parte, común al resto de las habilidades y capacidades cognitivas humanas (Levinson 2012). El texto, orientado ante todo a refutar la hipótesis de una gramática universal innata, ha sido ampliamente discutido no solo por generativistas, sino también por quienes desde la tipología lingüística o de otras corrientes, como la lingüística cognitiva, han propuesto tendencias universales —esto es, estadísticamente válidas, no absolutas— o motivaciones cognitivas y comunicativas de las estructuras lingüísticas. Estas últimas posturas, en tanto no asumen que los universales son categorías discretas de dos estados ni que conforman el contenido informativo de un módulo lingüístico biológico, son compatibles con las ideas de variación y diversidad y con la fundamentación interactiva, comunicativa y cognitiva del lenguaje humano. No han faltado, tampoco, quienes han propuesto que regularidades presentes en las lenguas se explican mejor por razones históricas, lo que sugiere un papel relevante de la cultura en las estructuras gramaticales (Dunn et al. 2011). Finalmente, la discusión sobre los universales ha estado ligada al problema del carácter innato, adquirido o emergente del lenguaje.

4. LA LINGÜÍSTICA COGNITIVA: CUERPO, LENGUAJE Y PERSPECTIVA

La lingüística cognitiva surge hacia la década de 1970 al interior de las ciencias cognitivas como reacción al generativismo, o, para ser más específicos, a los modelos computacionalistas simbólicos que postulan una gramática independiente del uso y el resto de los sistemas cognitivos. En contraposición a los enfoques cognitivistas clásicos, entonces imperantes, la lingüística cognitiva ha venido desarrollando una investigación de corte experiencialista, que

descansa en un fuerte compromiso con la cognición corporeizada y situada, y que propone que las construcciones lingüísticas más que designar objetivamente una situación de la realidad, constituyen perspectivas convencionales alternativas sobre esa realidad. Por su compromiso con la integración del lenguaje en el sistema cognitivo y sensorio-motor, la lingüística cognitiva propone una organización no modular, sino integrada, u holística, del lenguaje. Esta aproximación no solo vincula al lenguaje con el resto de la cognición humana, sino que no analiza tampoco separadamente sus tradicionales planos, o áreas, tales como la morfología, la semántica y otros, de modo que no tiene sentido aquí hablar de factores independientes ni de sintaxis autónoma (Evans, Bergen y Zinken 2007). En contraste con la lingüística estructural, que buscaba establecer una distinción clara entre la caracterización inmanente y la trascendente de los fenómenos lingüísticos, esto es, entre aquella que se atenía a su caracterización “desde adentro” con el fin de reconstruir su sistema de oposiciones, y aquella otra que relacionaba el lenguaje con lo no lingüístico (la historia, la sociedad, la cultura, etc.), la lingüística cognitiva propone que la caracterización de estos fenómenos no puede ser sino trascendente: las estructuras lingüísticas son construcciones significativas que descansan en habilidades cognitivas generales y en nuestro conocimiento, nuestra percepción y nuestra acción en el mundo.

Se pueden identificar dos ramas fundamentales en este enfoque: la semántica cognitiva y los enfoques cognitivos de la gramática (Evans, Bergen y Zinken 2007: 3). Según Ruiz de Mendoza (2001), estas se han proyectado en tres líneas principales: a) los estudios de semántica de marcos y modelos cognitivos, que indagan las estructuras conceptuales que sustentan el significado de las construcciones lingüísticas; b) la investigación sobre metáforas y metonimias conceptuales, que explora el carácter corporeizado no solo del lenguaje sino de la cognición en general; y c) las gramáticas cognitivas, tanto en la versión de Langacker como en la de las gramáticas de construcciones. A estas, habría que agregar, en los últimos años, las indagaciones sobre *blending* o mezcla conceptual, a partir de Fauconnier. En lo que sigue, expondré sintéticamente tres modelos o teorías de la lingüística cognitiva que ilustran estas líneas. He seleccionado modelos que, junto con tener gran relevancia actual, desempeñaron un papel crítico en el origen de esta corriente.

De acuerdo con Evans, Bergen y Zinken (2007: 6), la semántica cognitiva descansa en cuatro principios básicos: el carácter corporeizado de la estructura conceptual, esto es, su fundamentación en la experiencia física de los seres humanos en el mundo; la subsunción de la estructura semántica en la conceptual, que significa que el significado de las unidades lingüísticas constituye “un subconjunto de los conceptos posibles” (pág. 8); el carácter enciclopédico del significado, que implica que no puede establecerse en principio una distinción entre semántica y pragmática; y la idea de que el significado se construye en un proceso de conceptualización, en otras palabras, que las unidades lingüísticas no codifican el significado, sino que permiten su construcción en el uso. A estas debiéramos añadir, primero, la idea de que las unidades lingüísticas nos permiten categorizar y hablar del mundo usando distintas perspectivas convencionalizadas, y segundo, que las categorías se entienden como prototípicas, en el sentido de Rosch (1978), esto es, como de fronteras difusas e internamente graduadas.

Los cinco últimos principios se presentan de modo paradigmático en la semántica de marcos (*frame semantics*), uno de los primeros y más influyentes modelos de la lingüística cognitiva. En esta, las unidades lingüísticas se conciben como índices de categorías que forman parte de estructuras conceptuales mayores, los marcos cognitivos (Fillmore (2006 [1982]). El marco, a su vez, se entiende como “un sistema de categorías estructuradas de acuerdo con cierto contexto motivador” (pág. 381) de naturaleza sociocultural, en otras palabras, como una estructuración de parte de nuestro conocimiento enciclopédico. Las unidades lingüísticas no

poseen, en consecuencia, un significado separado del resto de nuestro conocimiento, sino que funcionan como índices que nos permiten, en el discurso, acceder a marcos cognitivos y formular categorizaciones basadas en ellos. Así, como ilustra en inglés el propio Fillmore, dos unidades léxicas⁹ como *comprar* y *vender* señalan la aplicación de un mismo marco de compraventa a una situación determinada, si bien lo hacen desde dos perspectivas distintas. En la medida en que una misma situación puede tener más de un marco, es posible contrastar marcos a partir del contraste de unidades léxicas, como se observa en la expresión *no es tacaño, es ahorrativo*, en que una misma situación es conceptualizada de dos modos distintos según cuál sea el marco cognitivo que se evoca (Fillmore 2006 [1982]). La semántica de marcos se ha implementado en el proyecto FrameNet (<https://framenet.icsi.berkeley.edu/fndrupal/>), desarrollado por el International Computer Science Institute de Berkeley, California. Este proyecto ha venido construyendo un diccionario electrónico del inglés en que cada unidad léxica se asocia con una red de marcos semánticos, entendidos como estructuras de inferencias semejantes a los guiones. Existe también una versión para el español (<http://spanishfn.org/>), desarrollada por la Universidad Autónoma de Barcelona. En ella, por ejemplo, el verbo *hablar* se relaciona con el marco de la comunicación, especificándose, además de una definición básica, los elementos del marco pertinente que son nucleares para su configuración actancial (destinatario, comunicador, mensaje y tópico), las realizaciones sintácticas respectivas, y la descripción de los patrones sintácticos, o valencias, en que ocurren¹⁰.

La teoría de las metáforas conceptuales (Lakoff y Johnson 1983, Lakoff 2007 [1993]), otro de los primeros y más influyentes modelos de esta corriente, ilustra el carácter corpóreo del significado. En esta teoría, la metáfora no se comprende básicamente como un fenómeno lingüístico, sino como un proceso cognitivo que permite la conceptualización de dominios más abstractos en términos de dominios más concretos, ligados a la experiencia física de los sujetos. Las metáforas conceptuales descansan en proyecciones entre el dominio más concreto (fuente) y el dominio más abstracto (meta), como sucede, por ejemplo, en la metáfora conceptual EL AMOR ES UN VIAJE¹¹, en que el amor se conceptualiza a partir de la conceptualización de los viajes, como se observa en expresiones del tipo *nuestra relación no va a ninguna parte, debemos separar nuestros caminos* (Lakoff 2007 [1993]) o en los versos de Isabel Parra: *El amor es un camino / que se recorre hasta el fin; / yo conozco caminantes / que no debieron partir*. Un principio general rige el uso del lenguaje sobre los viajes al hablar del amor:

Los amantes son viajeros en un viaje común, cuyas metas de vida comunes son vistas como destinos por alcanzar. La relación es el vehículo que les permite perseguir juntos esos objetivos comunes. Se considera que la relación cumple su propósito cuando les permite progresar hacia sus objetivos comunes. El viaje no es fácil. Existen obstáculos, y hay lugares (las encrucijadas) en que se debe tomar una decisión sobre la dirección que se seguirá y si se mantendrá el viaje en común. (Lakoff 2007 [1993]: 271)

Como puede observarse, en el ejemplo los amantes corresponden a los viajeros, la relación amorosa al vehículo, las metas comunes de los hablantes a los destinos comunes del

⁹ Se prefiere hablar de unidades léxicas y no de palabras para dar cuenta de los emparejamientos palabra-sentido y evitar los fenómenos como la polisemia. Hemos traducido los ejemplos léxicos del inglés al español, considerando que en este caso y en el inmediatamente siguiente son, para efectos de esta exposición, equivalentes.

¹⁰ También se consideran elementos no nucleares, esto es, periféricos o extra-temáticos, que participan de la estructuración del marco: grado, duración, manera, recursos, medio, lugar, propósito, tiempo.

¹¹ Como puede advertirse, el orden en que se presentan las metáforas conceptuales es DOMINIO META ES DOMINIO FUENTE.

viaje, y las dificultades en la relación a los obstáculos en el viaje. Una idea central de la teoría es que las proyecciones entre el amor y el viaje no obedecen a un proceso de razonamiento analógico o a una inferencia *on line* que conecte ambos dominios, sino que son correspondencias estructuradas ya establecidas en el sistema cognitivo y en el nivel de la organización neural, a partir de vínculos experienciales entre ambos. Las conexiones metafóricas entre dominios pueden tener un origen filogenético, ontogenético o derivar del aprendizaje social, lo que sugiere que puede haber metáforas innatas y adquiridas, y universales y específicas de cultura. Como precisa Lakoff, junto con permitir explicar de manera sencilla un conjunto abierto de expresiones metafóricas en que el lenguaje de los viajes se usa para hablar del amor, la metáfora conceptual explica el empleo de inferencias propias del ámbito de los viajes para razonar sobre el amor.

Por su parte, las gramáticas cognitivas descansan en dos principios conductores: la tesis simbólica, a la que ya hemos hecho referencia y según la cual todas las unidades lingüísticas constituyen emparejamientos de forma y significado, lo que significa que no hay sintaxis autónoma, y la tesis de la gramática basada en el uso, que sostiene que el conocimiento lingüístico de los hablantes (su gramática mental) obedece a una “abstracción de unidades simbólicas a partir de casos situados de uso del lenguaje” (Evans, Bergen y Zinken 2007: 22). La gramática cognitiva de Langacker, en particular, se propone como un inventario de recursos simbólicos convencionales con distintos niveles de esquematicidad, complejidad y especificidad, que constituyen redes de estructuras vinculadas por relaciones de abstracción, especificación o extensión. Las unidades simbólicas expresas están constituidas por un polo fonológico vinculado a otro semántico y pueden relacionarse, como se desprende de lo expuesto, con estructuras esquemáticas que resultan de la abstracción de sus constituyentes o de la unidad toda. Las estructuras compuestas resultan de la integración de estructuras más simples. Así, por ejemplo, una frase como *sobre la mesa* resulta de la integración de [SOBRE], que “perfila una relación estable en un espacio orientado entre dos cosas, cada una de ellas caracterizada solo esquemáticamente” (Langacker 2007 [1986]: 470), y [MESA], “que perfila una cosa caracterizada en mucho mayor detalle con respecto a numerosos dominios” (470)¹². En la estructura de [SOBRE], una de las cosas desempeña el papel de trayector, mientras que la otra opera como hito¹³. En la estructura compuesta, [MESA] especifica al hito, y en una frase como *la lámpara sobre la mesa*, [LÁMPARA] especifica al trayector, de forma que la “estructura compuesta se obtiene superponiendo las especificaciones de las correspondientes subestructuras” (470).

La configuración de esta red de estructuras simbólicas es dependiente del uso, de modo que no existe un componente gramatical independiente de la praxis comunicativa. Cada vez que el hablante se enfrenta a una emisión lingüística, la categoriza a partir de la comparación con las estructuras existentes en la memoria de largo plazo y los procesos de integración de estructuras. La recurrencia de ciertas configuraciones simbólicas lleva a que el hablante las integre en la red, independientemente de si pueden o no describirse en forma componencial, lo que difumina la oposición entre unidades creadas usando reglas y unidades reconocidas en listas (Langacker 2007 [1986]). No prima pues, en este caso, el principio cognitivo de la economía de almacenamiento, sino más bien el neurocognitivo de aprendizaje hebbiano, en que la recurrencia de activación

¹² En este ejemplo, Langacker no considera el papel del artículo definido. La noción de *dominio cognitivo* es próxima a la de *marco* en el modelo de Fillmore. Mientras en este autor las unidades léxicas se caracterizan respecto de un marco, en aquel perfilan un componente de su dominio inmediato. Por ejemplo, *dedo* perfila un componente del dominio *mano*.

¹³ Las nociones de *trayector* e *hito* son equivalentes a las de *figura* y *fondo*, propuestas por Talmy. La figura es la entidad que se ubica (literal o metafóricamente) respecto del fondo. Así, en *la lámpara está sobre la mesa*, la figura *lámpara* se ubica respecto del fondo *mesa*.

conjunta de neuronas o sistemas de neuronas lleva a la formación de engramas, esto es, de conexiones estables entre estas neuronas.

En los últimos años, las hipótesis de la lingüística cognitiva han comenzado a recibir crecientemente apoyo experimental. Por ejemplo, la conceptualización de la temperatura en el dominio físico permite categorizar los atributos personales en el psicológico, de modo tal que podemos decir de una persona que es fría o cálida. De acuerdo con la teoría de las metáforas conceptuales, como hemos visto, la proyección entre ambos dominios obedece a una conexión neural ligada a la experiencia. Williams y Bargh (2008) desarrollaron un interesante experimento que muestra esta conexión más allá del lenguaje. Los investigadores partieron del supuesto de que la experiencia táctil de calor podía activar conceptos o sentimientos de calor psicológico o interpersonal. En su experimento, personas que sostenían brevemente una taza de café caliente juzgaban a otros como más cálidos que aquellos que habían sostenido una taza de café helado, lo que sugiere que la conexión opera más allá de la expresión lingüística de las metáforas. Otros estudios han mostrado que la sensación física de una superficie dura favorece la idea abstracta de dificultad y que la gente está más dispuesta a negociar precios cuando se sienta en sillas blandas y menos cuando lo hace en sillas duras (Bargh et al 2012). Como puede advertirse, estos estudios apoyan el carácter corporeizado de la estructura conceptual y la idea, central en la teoría de metáforas conceptuales, de correspondencias entre dominios.

La noción de movimiento ficticio, propuesta por Talmy (2000), también ha recibido apoyo experimental. Considérese una expresión como la siguiente:

La cordillera de los Andes corre del mar Caribe hasta la Patagonia.

Aunque la cordillera no se mueve, utilizamos el verbo *correr* para describir su disposición espacial. Bergen (2013) refiere un interesante estudio que, empleando la técnica de *eye-tracker*, que permite registrar el movimiento ocular, muestra los efectos del movimiento ficticio sobre el sistema sensorio-motor. En el estudio, los sujetos escuchaban ya una oración de movimiento ficticio ya una estática que describía una imagen, por ejemplo, cierta disposición de libros en un anaquel. La tarea de los sujetos consistía en decidir si la oración describía o no la imagen. En consonancia con la hipótesis de la corporeidad, cuando se empleaba la oración con movimiento ficticio, los sujetos tardaban más “en mirar a lo largo del eje de las cosas que se describían en movimiento” (288). Este estudio sugiere que la perspectiva convencional (estática o de movimiento) de las unidades léxicas concernidas no es un fenómeno solo, por así decirlo, intralingüístico, sino que se vincula con el sistema sensorio-motor.

Estudios con imagen por resonancia magnética funcional (IRMf) han mostrado que se activan regiones cerebrales motoras, que incluyen la corteza motora y premotora, cuando los sujetos procesan palabras de acción u oraciones de acción, sean estas orales o escritas (Pulvermüller 2016: 145). Más aún, palabras relacionadas con distintas partes del cuerpo “activan preferentemente las representaciones motoras de esas mismas extremidades” (146). Aunque el impacto específico que tienen estos datos para una teoría del lenguaje es debatido, ellos sugieren que el procesamiento de las unidades lingüísticas se asocia a una activación parcial (no eferente) del sistema motor relacionado con su significado, una interpretación convergente con los compromisos básicos de la lingüística cognitiva. También se ha mostrado que palabras abstractas activan zonas vinculadas con el dominio de las emociones, en particular el córtex del cíngulo anterior (Vigliocco, Kousta et al. 2014 en Pulvermüller 2016); no obstante, no todas las palabras abstractas dependen de la información emocional, lo que sugiere una configuración más compleja de las relaciones entre el sistema neural y el lenguaje. Para Pulvermüller, la multiplicidad y

variabilidad de las representaciones sensorio-motoras en los significados abstractos se relacionaría con la activación de áreas secundarias de integración de información multimodal. En síntesis, este autor sugiere que “en casi todos los niveles, los datos experimentales indican que los sistemas motores, junto con los perceptuales, están implicados y, críticamente, ejercen efectos causales en los procesos semántico pragmáticos” (2016: 156).

Como puede advertirse, si bien la lingüística cognitiva radicaliza el compromiso simbólico ya presente en el estructuralismo, la concepción misma de significado cambia: no se trata ya de identificar un contenido en un nivel de lengua autónoma, como en las semánticas de rasgos, sino de ver el significado como una construcción neurocognitiva y cultural desencadenada por el signo en uso o, en otras palabras, correlacionada con tareas comunicativas que tienen lugar, típicamente, en la interacción verbal. En este sentido, la lingüística cognitiva no solo es funcional, sino fundamentalmente pragmática.

5. EL GIRO PRAGMÁTICO EN LA LINGÜÍSTICA

Contempladas en un escenario más amplio, las tendencias que hasta aquí se han reseñado presentan un escenario muy distinto al del proyecto estructuralista, entendido como tipo ideal: las descripciones inmanentistas centradas en una *langue* abstracta, fija y constituida por unidades discretas son sustituidas por caracterizaciones dinámicas y, desde la perspectiva estructuralista, trascendentes, en que el lenguaje está conectado constitutivamente con la experiencia humana, las categorías no son vistas como compartimentos estancos y las estructuras surgen de una historia evolutiva que va sucediendo prototípicamente en las interacciones comunicativas y socioculturalmente situadas de los agentes lingüísticos. Mientras desde una perspectiva hay un sistema estable de naturaleza social que permite la comunicación, un objeto que existe en otro llamado la sociedad, desde la otra el lenguaje es visto como una actividad humana —la interacción lingüística— de la que va emergiendo un sistema de patrones y regularidades relativamente estable que no podemos disociar del uso.

Como señalé al inicio de este trabajo, creo que estas corrientes pueden vincularse, en mayor o menor grado, con lo que Engel et al. (2013) han denominado el giro pragmático de las ciencias cognitivas —o más ampliamente, de las ciencias humanas—, esto es, su alejamiento de los modelos representacionistas clásicos en pos de una perspectiva en que la cognición surge de la actividad de los agentes en el mundo. En este enfoque, que los autores, siguiendo a Varela (2005 [1988]), denominan enactivo, la cognición ya no se concibe como la manipulación que realiza una mente/cerebro individual de símbolos abstractos, empleando reglas formales, sino como una actividad inteligente “que implica una interacción continua con el mundo externo” (202). Desde esta perspectiva, los procesos cognitivos, y consecuentemente el lenguaje, se conciben corporeizados, situados y distribuidos tanto en el cuerpo como en el mundo (Clark 1997, Anderson 2003).

El carácter situado y distribuido del lenguaje ha sido destacado ante todo por los estudios tradicionales de pragmática lingüística. Es importante, para una adecuada comprensión de la tesis que sostengo, distinguir estos estudios del giro pragmático del que vengo hablando, que otorga a la pragmática un carácter constitutivo del lenguaje. Si bien desde una perspectiva general, la lingüística cognitiva, al igual que la teoría de la gramaticalización, descansan en una concepción pragmática del lenguaje, en lingüística suele emplearse esta expresión —pragmática— para referirse a estudios abocados al reconocimiento de la intención comunicativa en usos concretos del lenguaje, más específicamente, como una extensión de los estudios gramaticales que indagan

en la interacción entre un significado oracional acontextual —el significado proposicional— y el contexto en que se realizan los actos lingüísticos (cfr. Allot 2010, Stalnaker 1970). Esta concepción, por así decirlo, complementaria de la pragmática —ya como perspectiva, ya como nivel de análisis del lenguaje—, deriva de su definición como el estudio de la relación de los signos con sus usuarios, propuesta por Charles Morris (1985 [1938]) para distinguirla de la sintaxis, que estudiaría la relación formal entre los signos, y la semántica, centrada en la relación entre los signos y el mundo. Como puede colegirse, tal estudio presupone la existencia de signos con independencia del uso, por lo que la pragmática viene a ser o bien un nivel de descripción ulterior, que sucede al propiamente estructural, o una perspectiva para indagar fenómenos lingüísticos establecidos. La definición de Escandell (2006) responde, en el ámbito hispánico, a esta concepción, al definir la pragmática lingüística como

El estudio de los principios que regulan el uso del lenguaje en la comunicación, es decir, las condiciones que determinan tanto el empleo de un enunciado concreto por parte de un hablante concreto en una situación comunicativa concreta, como su interpretación por parte del destinatario. (16-17)

Si bien esta concepción entiende que la comunicación más que estar centrada en procesos de codificación y decodificación —esto es, más que derivar directamente de *la langue*—, depende del reconocimiento, en un contexto determinado, de la intención comunicativa del otro, ella no ve en la (inter)acción comunicativa humana la causa del lenguaje: la lengua —en particular la gramática— es esencialmente independiente del uso, aunque no suficiente para explicarlo. En otras palabras, se incorpora aquí la pragmática en la lingüística y no la lingüística en la pragmática, para parafrasear la distinción de Prinz (2016) entre enfoques de la acción en la ciencia cognitiva vs. enfoques de la cognición en una teoría de la acción.

En contraste con esta concepción, dominante aún en los estudios lingüísticos, Tomasello (2008) ha propuesto que el código lingüístico se establece y es dependiente de una infraestructura no lingüística, fundada en la atención conjunta, la comprensión de intenciones y conceptos comunes y el aprendizaje cultural, en un marco de interacción situada. En otras palabras, las estructuras lingüísticas surgen de la interacción de los sujetos: “la estructura lingüística emerge como un sistema adaptativo complejo de las interacciones verbales de homínidos que intentan comunicarse entre sí” (Lee et al. 2009: 4). Esto sugiere que, contra las posturas que proponen un órgano del lenguaje, este puede concebirse, más bien, como “un artefacto o una tecnología culturalmente transmitida que no requiere representaciones lingüísticas a priori innatas” (5), sino que corresponde a patrones estabilizados a partir del modo específico de interactuar de nuestra especie (Castillo y Soto 2014). Para Tomasello, la emergencia tanto filogenética como ontogenética del lenguaje —así como la deriva diacrónica de las lenguas— se funda en una infraestructura cooperativa propiamente humana que permite el aprendizaje y uso de símbolos y el desarrollo y evolución de símbolos propiamente lingüísticos (cfr. también Lee et al. 2009).

No obstante, más allá de la posible existencia de un instinto de cooperación o de interacción —que vuelve a situar la causa del lenguaje en el individuo—, la interacción misma contiene regularidades que, eventualmente, podrían llegar a dar cuenta del proceso de emergencia y estabilización del lenguaje, algo que aún está lejos de ser comprendido. Garrod y Pickering (2004), por ejemplo, proponen que en la interacción comunicativa se genera un alineamiento simultáneo e inconsciente en distintos niveles lingüísticos, desde el fonológico hasta el discursivo, lo que permite que la comunicación cara a cara —un proceso que en teoría debería ser muy demandante— normalmente fluya durante la conversación. Este alineamiento, que con

seguridad reutiliza para la comunicación lingüística formas de coordinación automática ya presentes en nuestros ancestros prelingüísticos, supone acoplamientos neurales entre los hablantes, los que se han correlacionado con la comunicación exitosa (Stephen et al. 2010). Los fenómenos de espejo social (*social mirroring*), esto es, las situaciones en que la acción de un participante es replicada por el otro, desempeñan un papel importante en las interacciones prelingüísticas entre los infantes pequeños y sus cuidadores, como destacan diversos autores (Lee et al. 2009, Prinz 2016). Esto sugiere que la interacción y el alineamiento podrían ser condiciones para el desarrollo cognitivo. Lee et al. (2009) sintetizan un conjunto de argumentos que, a su juicio, apoyan la hipótesis de un “instinto interaccional”, pero que, pienso, pueden interpretarse también como pruebas de que la interacción comunicativa posee una estructura robusta y constituye un aspecto central modo de vida humano, presente desde que el sujeto nace (cfr. Maturana, Mpodozis y Letelier 1995, Castillo y Soto 2014). Según la síntesis de Lee et al. (2009), ya los recién nacidos imitan y muestran motivación por interactuar con sus congéneres; los infantes, por su parte, participan activamente y muestran iniciativa en dichas interacciones; sienten placer cuando estas ocurren según lo esperado y angustia cuando no ocurren. También parecen tener preferencias por congéneres que pueden recompensarlos y satisfacer sus metas socioestáticas, y tienden a estar “muy sintonizados con las respuestas y las acciones de los adultos [en la interacción], y responden en consecuencia” (149). Una limitación evidente de este modo de describir el fenómeno es que se centra solo en una de las partes de la interacción. Como creo que ha quedado ya claro de mi exposición, pienso que estos argumentos sugieren que es la interacción misma la que constituye la unidad que debe estudiarse y que, consecuentemente, el lenguaje constituye, para emplear la expresión de Maturana, Mpodozis y Letelier (1995), un proceso relacional y no una propiedad de la sociedad, a la manera saussureana, ni de la mente/cerebro, al modo chomskyano¹⁴. Mientras para el estructuralismo la causa del lenguaje era la *langue* concebida como un sistema social, abstracto y autónomo que existía como hecho social o colectivo, la lingüística pragmática propone a la interacción comunicativa como el lugar en que emerge filogenética y ontogenéticamente el lenguaje, del que depende su deriva diacrónica y, finalmente, el que permite la configuración de una gramática, que, como expresó Hopper (1987), es emergente porque está en un continuo hacerse en el discurso, esto es, en la interacción verbal humana.

Ciertamente, no quiero plantear que las tendencias de la lingüística contemporánea que he ilustrado someramente en este capítulo incardinan la perspectiva pragmática e interaccional que he esbozado. Mi tesis es, más bien, que dichas corrientes —y otras, como el análisis del discurso— vienen siendo crecientemente compatibles con una visión como esta. Más aun, pienso que un marco teórico general de este tipo, que aún no ha sido escrito, podría integrar de modo coherente los estudios que sugieren que el lenguaje —el fenómeno multiforme y heteróclito del que hablaba Saussure— no constituye esencialmente un sistema social abstracto ni menos un órgano biológico, sino un fenómeno que emerge y es sostenido por las propiedades específicas que tienen las interacciones comunicativas propias de nuestra especie (cfr. Castillo y Soto 2014).

CONCLUSIÓN

En este capítulo he querido argumentar, a través de ciertas calas, que la investigación lingüística, o al menos gran parte de ella, viene avanzando en un sentido muy distinto al que

¹⁴ No implico con esto que asumo la perspectiva lingüístocéntrica de la mente que adoptan estos autores; al menos no sin antes precisar qué se entenderá por lenguaje, semiótica y comunicación.

orientaba al estructuralismo ideal. Para decirlo brevemente: si el estructuralismo buscaba describir un objeto, las nuevas corrientes buscan caracterizar el modo en que surgen, se procesan, se transforman y varían los patrones y las regularidades lingüísticas en el uso. Ciertamente hoy, al igual que entonces, el escenario de la investigación sobre el lenguaje es más diverso de lo que he expuesto. No obstante, pienso que de modo cada vez más claro se va dibujando el perfil de una lingüística dinámica, preocupada de los cambios y la diversidad, basada en el uso, esto es, en la interacción comunicativa y situada de los hablantes, en la que el significado, el conocimiento, la percepción y la acción en el mundo desempeñan un papel central. En este sentido, la lingüística forma parte también de ese giro pragmático que, según hemos visto, se dice que caracteriza a las ciencias cognitivas y que pienso que extiende actualmente su alcance a buena parte del estudio y la reflexión sobre la conducta y la condición humanas.

REFERENCIAS

- Advis, L. (1979) *Displacer y trascendencia en el arte*, Santiago, Universitaria.
- Alarcos Llorach, E. (1970 [1947]) “Perfecto simple y compuesto en español”, en *Estudios de gramática funcional del español*, págs. 13-49, Madrid, Gredos.
- Allot, N. (2010) *Key terms in pragmatics*, Nueva York y Londres, Continuum.
- Alonso, A. (1945) “Prólogo a la edición Española”, en F. Saussure, *Curso de lingüística general*, págs. 7-22, Buenos Aires, Losada.
- Anderson, M., (2003) “Embodied cognition: a field guide”, *Artificial Intelligence*, 149, 1, págs. 91-130.
- Arias Álvarez, B. (2005) “El aspecto resultativo en las construcciones haber, ser, estar y tener + participio pasado en el castellano medieval”, en M. Lubbers Quesada y R. Maldonado, editores, *Dimensiones del aspecto en español*, págs. 99-123, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad Autónoma de Querétaro, Publicaciones del Centro de Lingüística Hispánica.
- Azofra Sierra, M.E. (2006) “Situación del paradigma de perfecto entre los siglos XIV y XVI”, en M. Villayandre Llamazares, editor, *Actas del XXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, págs. 152-168, Universidad de León, Departamento de Filología Hispánica y Clásica.
- Bargh, J. A., K.L. Schwader, S.E. Hailey, R.L. Dyer y E.J. Boothby (2012) “Automaticity in social-cognitive processes”, *Trends in cognitive sciences*, 16, 12, págs. 593-605.
- Barthes, R. (1967) “The death of the author”, *Aspen*, 5-6, Recuperado de: <http://www.ubu.com/aspen/aspen5and6/threeEssays.html#barthes> (1/10/2016)
- Benveniste, E. (1966) *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard.
- Bergen, B. (2013) *El cerebro y el lenguaje. De las palabras a los hechos*, Barcelona, RBA Libros.

- Bybee, J. (2007) “Diachronic linguistics”, en Dirk Geeraerts y Hubert Cuyckens, editores, *The Oxford handbook of cognitive linguistics*, págs. 945-987, Oxford, Oxford University Press.
- Carey, K. (1996) “From resultativity to current relevance. Evidence from the history of English and Modern Castilian Spanish”, en A. Goldberg, editora, *Conceptual structure, discourse, and language*, págs. 31-48, Stanford, CSLI.
- Carrasco Gutiérrez, Á. (2008) “Los tiempos compuestos del español: formación, interpretación y sintaxis”, en A. Carrasco Gutiérrez, editora, *Tiempos compuestos y formas verbales complejas*, págs. 13-64, Madrid, Iberoamericana-Vervuert.
- Castillo, L. y G. Soto (2014) “El papel del alineamiento y la interacción comunicativa en la evolución de la capacidad humana para el lenguaje”, *Onomázein* 29: 90-103.
- Comrie, B., M.S. Dryer, D. Gil y M. Haspelmath (2013) “Introduction”, en M.S. Dryer y M. Haspelmath, editores, *The world atlas of language structures online*, Leipzig, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. Recuperado de: <http://wals.info/chapter/s1> (19/10/2016)
- Clark, A. (1997) *Being there. Putting brain, body, and world together again*, Cambridge, Ma., MIT Press.
- Croft, W. (2013) “Radical construction grammar”, en T. Hoffmann y G. Trousdale, editores, *The Oxford handbook of construction grammar*, págs. 211-232, Oxford, Oxford University Press.
- Dahl, Ö., V. Velupillai (2013) “The Perfect”, en M.S. Dryer y M. Haspelmath, editores, *The world atlas of language structures online*, Leipzig, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. Recuperado de: <http://wals.info/chapter/s1> (19/10/2016)
- De Beaugrande, R. (1997) “On history and historicity in modern linguistics. Formalism versus functionalism revisited”, *Functions of Language*, 4, 2, págs. 169-213.
- Depecker, L. (2012) “Les manuscrits de Saussure: une révolution philologique”, *Langages*, 185, 1, págs. 3-6.
- Detges, U. (2000) “Time and truth: the grammaticalization of resultatives and perfects within a theory of subjectification”, *Studies in Language*, 24, 2, págs. 345-377.
- Dik, S. C. (1997), *The theory of functional grammar*, Parte 1: *The structure of the clause* (editado por K. Hengeveld), Berlín y Nueva York, Mouton de Gruyter.
- Dunn, M., S.J. Greenhill, S. Levinson, R.D. Gray (2011), “Evolved structure of language shows lineage-specific trends in word-order universals”, *Nature* 473, 7345, págs. 79-82.
- Dryer, M.S. y M. Haspelmath, editores (2013) *The world atlas of language structures online*, Leipzig, Max Planck Institute for Evolutionary Anthropology. Recuperado de: <http://wals.info> (19/10/2016)
- Eco, U. (1988 [1973]) *Signo*, Barcelona, Labor.
- Eco, U. (2000 [1976]) *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen.
- Engel, A.K., A. Maye, M. Kurthen y P. König (2013) “Where’s the action? The pragmatic turn in cognitive science”, *Trends in Cognitive Sciences* 17, 5, págs. 202-209.
- Engler, R. (2006) “The making of the *Cours de linguistique générale*”, en C. Sanders, editor, *The Cambridge companion to Saussure*, págs. 47-58, Cambridge, Cambridge University Press.
- Escandell, M.V. (2006) *Introducción a la pragmática*, Segunda edición, Barcelona, Ariel
- Evans, N. y S.C. Levinson (2009) “The myth of language universals: Language diversity and its importance for cognitive science”, *Behavioral and Brain Sciences*, 32, págs. 429-492.

- Evans, V., B.K. Bergen y J. Zinken (2007) "The cognitive linguistics enterprise: An overview", en V. Evans, B.K. Bergen y J. Zinken, editors, *The cognitive linguistics reader*, págs. 2-36, Londres-Oakville, Equinox.
- Fillmore, Ch. (2006 [1982]) "Frame semantics", en D. Geeraerts, editor, *Cognitive linguistics: basic readings*, págs. 373-400, Berlín, Mouton de Gruyter.
- Fodor, J. (1983) *The modularity of mind*, Cambridge, Ma, MIT Press.
- Garrod, S. y M. Pickering, 2004: "Why is conversation so easy?", *Trends in Cognitive Science*, 8, págs. 8-11.
- Harris, M. (1982) "The 'past simple' and the 'present perfect' in Romance", en N. Vincent y M. Harris, editores, *Studies in the Romance verb*, págs. 42-70, Londres, Croom Helm.
- Haspelmath, M (2015) "Framework-free gramatical theory", en B. Heine y H. Narrog, *The Oxford handbook of linguistic analysis*, 2a edición, págs. 287-310, Oxford, Oxford University Press.
- Hernández Alonso, C. (1996) *Gramática funcional del español*, Tercera edición, Madrid, Gredos.
- Hengeveld, K. y J.L. Mackenzie (2008) *Functional discourse grammar. A typologically-based theory of language structure*, Oxford, Oxford University Press.
- Hjelmslev, L. (1971 [1943]) *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- Hopper, P. (1987) "Emergent grammar", *Berkeley Linguistics Society*, págs. 139-157.
- Hopper, P. (1996) "Some recent trends in grammaticalization", *Annual Review of Anthropology*, 25, págs. 217-236.
- Jakobson, R. (1990 [1956]) "Two aspects of language and two types of aphasic disturbances", en L.R. Waugh y M. Monville-Burston, editors, *Roman Jakobson on language*, págs. 115-133, Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- Jakobson, R. (1975 [1959]) "Lingüística y poética", en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral.
- Lakoff, G. (2007 [1993]) "The contemporary theory of metaphor", en V. Evans, B. K. Bergen y J. Zinken, editors, *The cognitive linguistics reader*, págs. 264-315, Londres y Oakville, Equinox.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1983) *Metaphor we live by*, Chicago, University of Chicago Press.
- Langacker, R. (2007 [1986]) "An introduction to cognitive grammar", en V. Evans, B. K. Bergen y J. Zinken, editors, *The cognitive linguistics reader*, págs. 444-480. Londres y Oakville, Equinox.
- Lee, N., L. Mikesell, A. D. L. Joaquín, A. Mates y J. H. Schumann (2009) *The Interactional Instinct*, Nueva York, Oxford University Press.
- Levinson, S. (2012) "The original sin of cognitive science", *Topics in Cognitive Science*, 4, págs. 396-403.
- Manoliu, M. (1978 [1973]) *El estructuralismo lingüístico*, Madrid, Cátedra.
- Martinet, A. (1965 [1960]) *Elementos de lingüística general*, Madrid, Gredos.
- Matthews, P. (2009 [2001]) "El estructuralismo en el año 2000", en *Breve historia de la lingüística estructural*, págs. 173-183, Madrid, Akal.
- Maturana, H., J. Mpodozis y J. C. Letelier (1995) "Brain, language and the origin of human mental functions", *Biological Research*, 28, págs. 15-26.
- Morris, Ch. (1985 [1938]) *Fundamentos de una teoría de los signos*, Paidós, Madrid.
- Olbertz, H. (1993) "The grammaticalization of Spanish *haber* plus participle", en J. van Marle, editor, *Historical Linguistics 1991*, págs. 243-263, Amsterdam, John Benjamins.

- Prinz, W. (2016) “Ways of action science”, en A. Engel, K. Friston y D. Kragic, editores, *The pragmatic turn. Toward action-oriented views in cognitive science*, págs. 297-308, Cambridge Ma. y Londres, MIT Press.
- Pulvermüller, F. (2016). “Language, action, interaction. Neuropragmatic perspectives on symbols, meaning, and context-dependent function”, en A. Engel, K. Friston y D. Kragic, editores, *The pragmatic turn. Toward action-oriented views in cognitive science*, págs. 138-157, Cambridge Ma. y Londres, MIT Press.
- Rastier, F. (2012) “Lire les textes de Saussure”, *Langages*, 185, 1, págs. 7-20.
- Rodríguez Molina, J. (2003) “Algunas reflexiones sobre el origen y formación de la perífrasis *haber* + participio en la lengua medieval”, *Res Diachronicae*, 2, págs. 294-302.
- Romani, P. (2006) “Tiempos de formación romance I. Los tiempos compuestos”, en C. Company, coordinadora, *Sintaxis histórica de la lengua española. Primera parte: la frase verbal*, Vol. 1, Tomo 1, págs. 243-348, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rosch, E. (1978) “Principles of Categorization”, en E. Rosch y B.B. Lloyd, editores, *Cognition and Categorization*, págs. 27-48, Hillsdale, Lawrence Erlbaum.
- Ruiz de Mendoza, F.J. (2001) “Lingüística cognitiva: semántica, pragmática y construcciones”, *Clac, Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, 8. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/circulo/no8/ruiz.htm> (08/02/2016)
- Saussure, F. (1945 [1916]) *Curso de lingüística general*, traducción, prólogo y notas de A. Alonso, Buenos Aires, Losada.
- Sofia, E. (2012) “Quelques problèmes philologiques posés par l’œuvre de Ferdinand de Saussure”, *Langages*, 185, 1, págs. 35-50.
- Soto, G. (2012) *Los tiempos compuestos en el español de América. Tiempo, aspecto y uso*. Tesis doctoral, Universidad de Valladolid.
- Soto, G. (2014) “El pretérito perfecto compuesto en el español estándar de nueve capitales americanas: frecuencia, subjetivización y deriva aorística”, en S. Azpiazu, editora, *Formas simples y compuestas de pasado en el verbo español*, págs. 131-146, Lugo, Axac.
- Squartini, M. y P.M. Bertinetto (2000) “The Simple and Compound Past in Romance Languages”, en Ö. Dahl, editor, *Tense and aspect in the languages of Europe*, págs. 403-439, Berlín, Mouton de Gruyter.
- Stalnaker, R. (1970) “Pragmatics”, *Synthese*, 22, 1, págs. 272-289.
- Stephens, G., L. Silbert y U. Hasson (2010) “Speaker-listener neural coupling underlies successful communication”, *PNAS* 107, págs. 14425-14430.
- Suarez, A. (2016) *Cuantificación, valoración y noción de caos en la estructura binominal [N1 de N2]*, Tesis de magister, Universidad de Chile.
- Talmy, L. (2000) “Fictive motion in language and ‘ception’”, en *Toward a cognitive semantics*, vol. 1, págs. 99-175, Cambridge Ma, MIT Press.
- Tomasello, M. (2008) *Origins of Human Communication*, Cambridge Ma., The MIT Press.
- Trubetzkoy, N. (1976 [1939]) *Principios de fonología*, Madrid, Cincel.
- Vachek, J. (1966) *The linguistic school of Prague. An introduction to its theory and practice*. Bloomington y Londres, Indiana University Press.
- Vachek, J. (1983) “The heritage of the Prague School to modern linguistic research”, en J. Vachek y L. Dasková, editores, *Praguiana. Some basic and less known aspects of the Prague Linguistic School*, págs. 255-274, Amsterdam, John Benjamins.

- Van Valin Jr., R.D. (2006) "Role and reference grammar", en K. Brown, editor, *Encyclopedia of language and linguistics*, 2a edición, págs. 641-650, Amsterdam, Elsevier.
- Varela, F. (2005 [1988]) *Conocer: Las ciencias cognitivas, tendencias y perspectivas*, Barcelona, Gedisa.
- Verveckken, K. (2012) *The binominal quantifier construction in Spanish and conceptual persistence, a cognitive-functional analysis*, Tesis doctoral, K.U Leuven.
- Williams, L.E. y J.A. Bargh (2008) "Experiencing physical warmth promotes interpersonal warmth", *Science*, 322, 5901, págs. 606-607.